

¿ POR QUE FUI LANZADO DEL MINISTERIO DE LA GUERRA? POR DIEGO HIDALGO

ARCHIVO

DHS

D. HIDALGO
SCHNUR

FRANCO

Conocí a este general en Madrid en el mes de febrero. Le traté por vez primera en mi viaje a Baleares, y en aquellos cuatro días pude convencerme de que su fama era justa.

Entregado totalmente a su carrera, posee en alto grado todas las virtudes militares, y sus actividades y capacidad de trabajo, su clara inteligencia, su compresión y su cultura están puestas siempre al servicio de las armas.

De sus virtudes, la más alta es la ponderación al examinar, analizar, inquirir y desarrollar los problemas; pero ponderación que le impele a ser minucioso en el detalle, exacto en el servicio, concreto en la observación, duro en la Ordenanza, exigente, a la vez que comprensivo, tranquilo y decidido.

Es uno de los pocos hombres, de cuantos conozco, que no divaga jamás.

Las conversaciones sostenidas con él sobre temas militares, durante mi estancia en aquellas islas, me revelaron además sus extraordinarios conocimientos. Toda la técnica de la guerra moderna se asienta sobre los cimientos que los grandes capitanes trazaron en la Historia; pero su desarrollo está basado en el aprendizaje de la Gran Guerra, que no legó solamente dolores y lágrimas, sino grandes enseñanzas para lo futuro en todos los órdenes de la vida y muy especialmente en el militar.

El hombre y la máquina desplegaron sus actividades conforme a nuevas fórmulas, que dieron en tierra con toda una serie de problemas que se tenían por resueltos y que, al variar las premisas y los elementos integrantes; habían de hacer variar también la técnica y sus resultados.

La Ciencia, aparte de la llamada literatura de la guerra, que, por fortuna, merece más bien el nombre de literatura de la paz, ha recogido en obras escritas por los caudillos y por los cerebros (letra versalita) de los ejércitos cuantas enseñanzas y deducciones se desprendían de los nuevos armamentos, que forzosamente habían de crear nuevos métodos y procedimientos.

Y Franco, en el silencio de su despacho, lleva muchos años, los años de paz, consagrado a documentarse. El estudio ha dado sus frutos, y hoy bien puede afir-

marse que no hay secretos para este militar en el arte de la guerra, elevado a ciencia por el ingenio de los hombres.

No es el narrador más o menos elocuente, sino el expositor de problemas, que hace pasar de la teoría y de la tesis genérica a la práctica y al caso concreto, analizando con frialdad los postulados de la ciencia guerrera desde el punto de vista del armamento y estudiando con calor cuanto afecta al soldado, a su moral y a su espíritu.

En momentos con Franco -

Con este juicio se explica fácilmente que, a la vista de unas maniobras militares, quisiera yo tener cerca de mí a un comentarista tan singularmente capacitado para el asesoramiento. Y no sé, ni me importa, si faltaba al protocolo invitando a Franco a que me acompañara a las maniobras militares de los montes de León.

Al terminar éstas, ya en Madrid, en los primeros días de octubre, el general, antes de marchar a su destino, me pidió permiso para ir a Oviedo a asuntos particulares; yo se lo concedí gustoso, y por una casualidad no se encontró en Oviedo los días de los sucesos.

Al comenzar estos y tener que suspender su proyectado viaje fue cuando yo dispuse que quedara agregado a mis órdenes, pues, aparte de su asesoramiento en orden militar, por el hecho de haber residido largas temporadas en Asturias y tener allí intereses familiares, conocía muy bien no sólo la capital y la cuenca minera, sino la costa y las comunicaciones todas de la región.

Alguien debió mostrar su extrañeza y ocultar su disgusto ante mi determinación de retener cerca de mí un asesor extraño a los órganos oficiales del Ministerio; pero un Ministro tiene siempre el derecho y el deber de buscar libremente quien le asesore, ayude y acompañe. En momentos agudos, en que los organismos del ministerio trabajaban a gran presión, era, además, perfectamente explicable que un ministro acumulase junto a sí cuantos elementos estimara convenientes para lograr con éxito y rapidez resolver airoosamente una grave perturbación del orden público que exigía una actuación militar muy complicada cuyos límites era de todo punto imposible calcular, ni en orden a su intensidad ni en orden a su extensión.

Criticar a un Ministro porque se asesore, o pretender limitar su facultad de elegir libremente la persona o personas que hayan de realizar esa labor

creo que sería una insensatez, porque el ministro, responsable de las determinaciones que adopte, ha de estudiar y consultar éstas, valiéndose de todos los medios que crea convenientes para que le acompañe al acierto.

Estas consideraciones no deben ser tomadas como una contestación a los comentarios que se hicieron al agregar a mis órdenes al general Franco durante los sucesos de Asturias, sino como una explicación del hecho que, aunque no sea necesaria para quienes conocen las facultades ministeriales y la organización del Ministerio de la Guerra, sí lo es para cuantos no tienen motivo de estar al tanto de estos pormenores.

Todos los que, con más o menos elementos de juicio, han comentado mi actuación en el Ministerio de la Guerra durante los sucesos de Asturias han ponderado la meritoria y eficacísima labor de este general, pero ninguno ha tenido una sola palabra de elogio para el Ministro que le nombró. Tengo derecho a enterar al país que ese ministro fui yo, y que sin haber hecho yo el nombramiento, el general Franco, con su técnica y sus admirables condiciones, hubiera presenciado los sucesos de Asturias a través de la prensa en las lejanías de las islas Baleares.